PERSONAJES Y TEMAS ARAGONESES EN LA OBRA DE MENÉNDEZ PELAYO *

Señores:

Al rastrear la huella que lo aragonés ha podido dejar en la obra de Menéndez Pelayo, encuentra uno tal caudal de interpretaciones, que la osadía por acometer esa empresa se revela impresionante. Don Marcelino era —todos lo saben— una catarata; sus aportaciones son torrenciales, de difícil síntesis y gratísima lectura. Necesario va a ser ceñirnos a unas cuantas, mutilarlas, extractarlas. Necesario va a ser también renunciar a lo biográfico y limitarnos a glosar su discurso al Partido Conservador de Zaragoza, en febrero de 1891, y a exponer, en rápido repaso, algunos de los temas aragoneses que al hojear sus páginas se nos entran por los ojos. El tema va a quedar así casi intacto, como también, la realización, tan clara, tan tentadora, de una posible antología de sus textos aragoneses análoga a la que el año pasado propugné para "Azorín". Por hoy vamos a concentrarnos a sólo lo ya dicho.

---

* *Nota de la Redacción.* El presente artículo del profesor de la Universidad de Zaragoza, don Luis Horno Liria, es una conferencia por él pronunciada, el día 4 de abril de 1957, en la *Institución Fernando el Católico.*

Con mucho gusto, y agradecidos a su deferencia y amistad, damos a conocer a nuestros lectores estas eruditas páginas, del conocido crítico literario de *Heraldo de Aragón.*

Y vamos a tratar de hacerlo con criterio práctico. ¿Qué era Aragón para don Marcelino? ¿Qué cualidades podemos calificar, a su juicio, de propiamente aragonesas?. Me he planteado estas preguntas y querría que de las contestaciones pudieran deducirse algunas aplicaciones para nuestro presente cultural. Porque si don Marcelino no estaba equivocado, habrá una trayectoria aragonesa en hechos y en carácter y, entonces, cabrá que veamos si nuestra vida se ajusta o se separa de de ella. Pues entonces nos resultará evidente que la mejor manera que podemos tener de honrar a Menéndez Pelayo consiste en fomentar las virtudes que él creyó raciales y en raer de nosotros todo aquello que él juzgase equivocado. Cualquier otra conmemoración será tan gárrula, como muchas otras han venido siendo.

Aragón, para don Marcelino, representó en la Historia algo lleno de originalidad y de grandeza. "¿Y cuándo, señores —exclamaba con emoción en el citado discurso—, pude imaginar para mi ambición un término más alto que el de llevar en el Parlamento, la voz de esta región, por tantos títulos priviligiada, entre las varias que integran el gran cuerpo de la Patria española? Vuestros anales —proseguía— no son los de una comarca obscura, sino los de una grande y poderosa monarquía: no se ciñen tampoco a un breve período de gloria y esplendor seguido de otros de postración y abatimiento, sino que se dilatan grandes y majestuosos por todo el curso de la historia nacional, que fecundaron con sus aguas; pero sin perder ellas nunca su propio y nativo color".

Primera lección —¡tan elemental y, sin embargo, tan desdeñada entre nosotros!— que nos da don Marcelino. Aragón no es un instante. Aragón es una trayectoria. Y una larga trayectoria. Y una trayectoria grandiosa, llena de majestad: la de una grande y poderosa Monarquía. Mal haremos, pues, si empequeñecemos nuestra visión de Aragón, aldeanizándola, ruralizándola, suprimiéndole toda majestad, cuando en ella ha habido reyes, genios, políticos, santos, caudillos y guerreros. Hemos de enfocar lo aragonés con un criterio de majestuosa grandeza. Su larga historia así lo requiere.

¿Y cuál ha sido el papel que, históricamente, ha tocado representar a esta región y defender a sus moradores a lo largo de tan dilatada trayectoria? Sigamos oyendo a don Marcelino: "En la repartición de los dones con que la Providencia honra a sus pueblos predilectos, a vosotros tocó uno de los más envidiables: la afirmación enérgica y categórica del Derecho, ya en la esfera de la ley, ya en la esfera del heroísmo. De dos maneras habéis enaltecido la conciencia humana: dictando sabias leyes y muriendo por ellas. Donde haya pueblos oprimidos, allí se invocará eternamente el nombre de Zaragoza; donde haya que alegar ejemplo de sabias instituciones de rectitud civil y heroica fortaleza, allí resplandecerá el nombre de Aragón, como resplandece el nombre de Roma".

Pocas veces se habrá expresado la misión de un pueblo y su rasgo caracterológico capital con tan bella, tan clásica majestad. Nuestra misión como pueblo consiste en la afirmación del Derecho, ya en la esfera de la Ley ya en la esfera del heroísmo. Y no es una afirmación cualquiera, sino enérgica y categórica, porque fuertes son nuestros corazones y concisa nuestra expresión. La ley o el heroísmo son nuestros medios de imponernos. Dictamos leyes o morimos por cumplirlas. Y morimos sobrehumanamente, con una categórica exasperación, que pasma a nuestros adversarios, como les pasma igualmente el tino, la prudencia, la sabiduría humana, profunda, reflexiva de nuestras leyes. ¿Ejemplos? Don Marcelino los reitera, insistente, a lo largo de todos sus libros, como cuando habla de "los fueros de Aragón, antiguos y venerados principios de la cultura española"; o cuando, hablando de don Melchor de Macanaz, ironiza, socarrón, para estigmatizarlo: "¿Qué pensar del criterio histórico de un hombre que llamaba a los fueros de Aragón "injustas concesiones arrancadas a los reyes a fuerza de levantamientos sediciosos?"

No hay tal. Los términos Aragón y Derecho son equivavalentes. En Aragón la ley, lo justo, son conceptos arraigados en las entrañas de las gentes. Los niños aragoneses se crispan ante la injusticia, se yerguen ante la traición. Días atrás he visto palidecer, ponerse casi enferma a una niña aragonesa

de once años al enterarse de cómo fueron traicionados los parlamentarios húngaros. "Querría poder pegarme con alguno", balbuceaba estremecida aquella criatura, "querría poder defenderlos, yo sola, de algún modo, aunque me apaleasen luego, para demostrarles a todos que yo, que nosotros no somos así".

No, nosotros no somos así. Nosotros los aragóneses amamos el Derecho y morimos gustosos por él. ¡Y cómo han muerto nuestros paisanos por la verdad, por la justicia y por sus libertades en la Historia! Son constantes las alusiones de don Marcelino a "los bendecidos muros", a "las benditas llamas" de la Zaragoza de los Sitios. Parece, en esos instantes, como si la voz se le quebrara y adivinamos que había lágrimas en su mirada. "Nadie como vosotros siente el valor y el prestigio de la tradición en todos los órdenes de la vida, prosigue: donde quiera que volváis la vista encontraréis el suelo poblado de ruinas gloriosas. El cuerpo de la Amazona del Ebro está sembrado de cicatrices de gloria, que con ser de ayer parecen de aquellos tiempos en que la historia se confunde con la fábula. Vuestro suelo está regado y santificado con la sangre de innumerables mártires de la religión y de la patria; ante vuestras tapias, casi inermes, se estrelló el poder más formidable que han conocido las edades y surgió radiante y luminosa una sublimidad de martirio sólo comparable con la de las Termópilas".

Heroísmo enérgico, sobrehumano, puesto al servicio del Derecho y de una tradición, austera y mesurada como la de Roma. Roma y Aragón, naciones justas. Pero Roma tuvo otras manifestaciones de genialidad y, también, por su desgracia, careció de otras. ¿Le ocurre igual a Aragón? "Análogos ambos pueblos en esta singular excelencia del sentimiento jurídico, responde don Marcelino, ni uno ni otro estuvieron destituídos de los divinos dotes del arte, pero ambos encontraron la más alta expresión de su espíritu científico, en la sabiduría práctica y en la razón escrita en sus leyes". Y continúa: "Con ser tan gloriosa vuestra tradición artística, desde el pagano epigramático de Bílbilis y el piadoso y enérgico cantor de los mártires hasta el maduro y filosófico númen de los Argensolas y hasta las intemperancias y fantásticas bizarrías del único

pintor genial que produjo la España del siglo XVIII, todavía es cierto que los poetas y los artistas aragoneses suenan en el mundo menos que sus cronistas, sus grandes ciudadanos y sus legisladores, y que siempre aquí las grandes realidades de la vida, los fundamentos del orden ético y social han logrado mayor culto que las risueñas invenciones de la fantasía. Esta nota característica de vuestro pensamiento, esta grave y austera fisonomía de vuestra historia, parece como que os predispone y destina a ocupar el primer lugar en la regeneración política de nuestra España... No en balde creeis y afirmais que una protección especial y visible del cielo vela por vosotros y ha marcado en esta tierra sus huellas".

Palabras densas, henchidas de contenido y de significado; ciertas, además, en su totalidad. Efectivamente, más que artistas somos historiadores, pensadores, críticos. Pero hay en nosotros una veta, soterrada unas veces, aparente otras, de furiosa, encrespada violencia. Violencia que sometemos a nuestra habitual templanza, a nuestra característica prudencia, a nuestro sentido común, prodigioso por lo ecuánime. Pero violencia que está en nuestra índole y que se desata unas veces en el creyente para conducirlo a la herejía —y es el caso de Servet—; o en el pensador católico para llevarlo a la polémica más virulenta —y es el caso de Forner—; o en el político, para sumergirlo en el acre paladeo de la persecución —y es el caso de los ministros del Partido aragonés de Carlos III y Carlos IV—; o en el artista, para hacerlo ascender —y es el caso de Goya— a las cumbres más inaccesibles de la genialidad. Violencia indomable e indomada, propia de nuestra terca, testaruda índole, que en esto de la terquedad, de la obstinación aragonesa, don Marcelino conviene con el común sentir. Pero que otras veces cede a la mesurada prudencia, a la severa cordura que preside las mentes aragonesas de Luzán, de Piquer, de Bartolomé Leonardo de Argensola, de los historiadores aragoneses del temple de Fray Jerónimo de San José y de Zurita. Prudente violencia fundida en los mejores ánimos aragoneses: en los de Fernando V y el Rey Conquistador, en la serena desenvoltura y espiritual señorío de los Mártires zaragozanos, en

el gusto por la sangre de Prudencio y en el valor a toda prueba de los desesperados defensores de nuestra ciudad. Vamos a ver su eclosión en algunas de las figuras aragonesas estudiadas por don Marcelino. Vamos a ver, también, al par, la huella de los reyes y la de los mecenas, la de Alfonso el Magnánimo y la de Azara, la de los sutiles pensadores de la escuela aragonesa "distinguida entre todas las escuelas peninsulares por la madurez y reposo del juicio, mucho más que por su brillantez, ni por su lozanía", como Gracián y como Piquer; vamos a ver con don Marcelino las vidas y las obras de muchos de ellos y vamos a aprender así un estilo aragonés de vida que tal vez estemos disipando entre todos torpemente. Pues, "las grandes herencias y los privilegios excepcionales —había concluído don Marcelino— imponen también altísimos deberes". Y esos son, justamente, los que tal vez nosotros estemos olvidando al dejar que poco a poco se achique nuestra historia, al empequeñecerse la huella que de ella conservamos en nuestro carácter, y minimizarse, por tanto, nuestra aportación al presente nacional.

"Creeis y afirmais —había dicho don Marcelino— que una protección especial y visible del cielo vela por vosotros y ha marcado esta tierra con sus huellas". "Creeis y afirmais". Porque para él "la antigua y piadosa tradición que supone que el Apóstol Santiago edificó el primer templo a orillas del Ebro, donde la Santísima Virgen se le apareció sobre el Pilar" es insegura y "en sus monumentos escritos es relativamente moderna. En 1155, el Obispo de Zaragoza, don Pedro Librana, habla de un antiguo templo de la Virgen en esta ciudad, pero sin especificar cosa alguna". Don Marcelino no dice más y ello prueba que, en este punto, está ya superado. Las investigaciones expuestas recientemente por Mnsr. Téofilo Ayuso, por ejemplo, han situado este problema —que para nosotros no lo ha sido nunca— en una nueva y muy distinta luz, muy favorable para la tesis de la tradición pilarista. Pero ello no es de este momento.

De la Iglesia zaragozana "puede afirmarse la antigüedad, pero no el tiempo ni el origen exacto", decía don Marcelino, y en el acto agregaba: "No importa: dará buena muestra de sí

cuando arrecie el torbellino de las persecuciones" (1). Pues durante su avalancha "ninguna ciudad, ni Cartago ni Roma, excedieron a Zaragoza en el número y calidad de los trofeos", es decir, de sus mártires... "Aquellos aragoneses del siglo III y comienzos del IV sucumbían ante los verdugos de Daciano con un valor tan estoico e impasible como sus nietos del siglo XIX ante las legiones del Corso, rayo de la guerra". Prudencio, "poeta digno de tales tiempos y de tales hombres", había de cantar "la pura sangre que bañó tus puertas"; había de señalar cómo "Cristo mora en sus abiertas plazas,—Cristo doquiera". "De aquí (de Zaragoza) ceñido con la nívea estola, —emblema noble de togada gente,—tendió su vuelo a la región empírea—coro triunfante". ¿Cuántos serían los componentes de aquel "coro triunfante"? "Cristo lo sabe, y los conserva escritos—libro celeste" (2).

"Cristo lo sabe". Pero ¿cómo no mencionar algún nombre? ¿Cómo no mencionar —con Prudencio— a Vicente? "Nuestro es Vicente, aunque en ciudad ignota—logró vencer y conquistar la palma:—tal vez el muro de la gran Sagunto —vió su martirio". Nuestro es Vicente, pues "aragonés era, y en Zaragoza fué ungido con el óleo de fe y virtud". —"Así del Ebro la ciudad te honra.—Cual si este césped te cubriera amigo,—cual si guardara tus preciados huesos—tumba paterna".

De Vicente guardamos la memoria. De Engracia, la memoria y los huesos. Mejor que cantar él a la Virgen zaragozana, don Marcelino traduce malamente, dice humilde, estos versos prudencianos, que califica de "imperecederas flores". "—¿Qué atroz sayón te desgarró el costado,—vertió tu sangre, laceró tus miembros?—Cortado un pecho, el corazón desnudo, —vióse patente.—¡Dolor más grande que la muerte misma! —Cura la muerte los dolores graves,—y al fin otorga a los cansados miembros—sumo reposo.—Mas tú conservas cicatriz horrible.—Hinchó tus venas el dolor ardiente,—y tus médulas

(1) *Heterodoxos*, B.A.C. I, 94-98.
(2) *Heterodoxos*, I, 100-102.

pertinaz grangrena—sorda roía.—Aunque el acero del verdugo impío—el don te niega de anhelada muerte,—has obtenido, cual si no vivieras,—mártir, la palma.—De tus entrañas una parte vimos—arrebatada por agudos garfios:—murió una parte de tu propio cuerpo—siendo tú viva.—Título nuevo de perenne gloria,—nunca otorgado, concediera Cristo.—a Zaragoza: de una mártir viva—ser la morada..."

¿Quiénes eran los adversarios de tamaños gigantes? No encontramos en don Marcelino ningún retrato de los perseguidores aragoneses, si los hubo, que preferimos pensar que fueran romanos. Pero sí lo encontramos —y vivo, y lleno de color— en el de un literato pagano excepcional, figura cumbre de las letras latinas de la época. Nos referimos, naturalmente, a *Marco Valerio Marcial,* el poeta de Calatayud, la Bílbilis romana (3).

"¡Lástima de poeta!", dice don Marcelino. Era un "ingenio elegante, culto, urbano, capaz de extraordinarias delicadezas estéticas, y émulo a veces de Horacio en la sobriedad". Sin embargo, en el "inmenso fárrago de sus epigramas (tantas veces elegantes y donosos)", "sólo una cosa se echa de menos: el respeto del poeta a sí mismo, a su arte y a la posteridad". "Perpetuo adulador de su siglo", su arte fué de "una calculada ligereza", fué "un arte de parásito, aunque refinadísimo e ingeniosísimo". "La corrupción no está en su estilo ni en su lengua; está en su poesía, atada al suelo por la frivolidad y el abandono". "No entendió de más arte que el de retener el rasgo fugaz de costumbres". Y como éstas por aquel entonces no eran precisamente buenas, convirtió a la lujuria en su musa inagotable, depuso todo pudor, y "no hay inclinación perversa de la naturaleza humana caída, no hay bestialidad de la carne que no haya convertido en materia de chistes, sin intención de justificarlas, es verdad, sin hermosearlas tampoco, pero con la malsana curiosidad de quien reúne piezas raras para un museo secreto". "Todas sus páginas tienen así sabor de humanidad", "pero su poesía es una exhibición de torpezas",

(3) *Ideas Estéticas,* I, 285-289.

"un inmenso periódico satírico o álbum de caricaturas de la Roma de Domiciano", "una inagotable crónica escandalosa", en cuya narración, eso sí, "se desbordan el ingenio y la agudeza".

Visión, como ustedes ven, peyorativa. Pero era don Marcelino demasiado buen crítico para detenerse sólo en ella. En Marcial hay también otras cosas, y muy bellas. Marcial "ama y siente la naturaleza como muy pocos antiguos: las *fuentes vivas* y la *hierba ruda,* la *viva y no lánguida quietud del mar, la ávida piel que embebe por todos sus poros el calor del sol, el arduo monte de la estrecha Bílbilis,* y las aguas del Jalón que dan tan recio temple a las espadas, tienen en sus versos un hechizo casi virginal". Y hay todavía mucho más. "Su sincero *hispanismo,* el sentimiento de raza, y el amor mezclado de orgullo con que habló siempre de su patria celtíbera y del municipio que él iba a hacer glorioso; la delicada galantería, enteramente moderna, de algunos epigramas..., aquella índole de poeta, tan sencilla y candorosa en el fondo...; cierta honradez nativa y serenidad y templanza en los deseos, son parte, sin duda, no para absolver a Marcial, sino para mirar con menos enojo aquella sección demasiado voluminosa de sus obras, donde su descompuesta musa hizo resonar con tanta algazara las castañuelas tartesiacas".

"¡Lástima de poeta!"—concluye don Marcelino—"A lo menos no le faltó nunca la *mica salis,* ni la gota de amarga hiel, ni, en sus momentos más felices, la nerviosa elegancia del estilo".

¿Y nosotros, qué diremos? Que hay mucho de nuestro en Marcial, desde su apego a la verdad, su realismo, incluso su sonriente, divertida chabacanería, hasta su amor a su aldea, a su tierra natal, al paisaje del Jalón, de nosotros tan conocido y amado. Marcial es hoy en nuestra ciudad un nombre ilustre: apenas nada más. Y sin embargo, en él, tantos siglos atrás, palpitaba, sin duda alguna, un corazón amigo. ¿No podríamos atenuar, de algún modo, ese indiferente, indelicado olvido?

Pero sigamos de mano de don Marcelino con la exposición de "la devoción de nuestra fe aragonesa" al través de unas estrofas "donde parece que se siente el estridor de las cadenas y los potros., de una "poesía de hierro, a pesar de su corteza

horaciana", de una poesía rica "de altas y soberanas bellezas de pensamiento y de expresión que admira encontrar en autor tan olvidado" como es, en fin, ese celtíbero aragonés que se llamó *Aurelio Prudencio Clemente* (4) y que, para don Marcelino, fué nada menos que "el gran poeta de la Iglesia latina", "el cantor del Cristianismo heroico y militante, de los ecúleos y de los garfios, de la Iglesia perseguida en las Catacumbas o triunfadora en el Capitolio. Lírico al modo de David, de Píndaro o de Tirteo, y aún más universal que todos ellos... rey y maestro en la descripción de todo lo horrible, nadie se ha empapado como él en la bendita eficacia de la sangre esparcida y de los miembros destrozados. Si hay poesía que levante y temple y vigorice al alma y la disponga para el martirio, es aquélla. Los corceles que arrastran a San Hipólito, el lecho de ascuas de San Lorenzo, el desgarrado pecho de Santa Engracia, las llamas que envuelven el cuerpo y los cabellos de la emeritense Eulalia, mientras su espíritu huye a los cielos en forma de cándida paloma; los agudos guijarros que al contacto de las carnes de San Vicente se truecan en fragantes rosas; el ensangrentado circo de Tarragona donde descienden como gladiadores de Cristo San Fructuoso y sus dos diáconos; la nívea estola con que en Zaragoza sube al empíreo la mitrada estirpe de los Valerios... eso canta Prudencio y por eso es grande. No le pidamos ternuras ni misticismos; ... para él la vida es campo de pelea, certamen y corona de atletas; y el granizo de la persecución es semilla de mártires..."

Poesía realista, la de Marcial. "Poesía naturalista, bárbara, hematólatra y sublime", la de Prudencio. ¿No vamos viendo ya un nexo de dureza, de frenesí temperamental, que es, justamente, lo que aporta la raza? La fe aragonesa será desde entonces, para siempre, una fe incontrovertible, total, absoluta, a vida o muerte. Su poesía, una pura adhesión a la realidad vital.

Pero en Marcial había arte, gusto, exquisitez. ¿Los hay

(4) *Heterodoxos*, I, 99-101 y 239; *Ideas Estéticas*, I, 295-298; "De la Poesía mística", *Estudios de Crítica Literaria*, I.

en Prudencio? Don Marcelino ve en algunos de sus versos "una elegancia y un exquisito atildamiento". En sus obras, reconoce que no todo es bronca lucha: hay también tolerancia y entusiasmo artístico, y don Marcelino los pondera gustoso, como cuando en sus obras contra Símmaco, aboga Prudencio "por la conservación de las estatuas antiguas", o solicita "que en gracia de su elocuencia no se destruyese el libro que en defensa de la idolatría había compuesto aquél.. Mesurada manifestación de prudente buen sentido, inesperada en aquel bronco artista, que también va a entroncarle con Marcial y con toda la teoría de personajes aparentemente energuménicos, realmente prudentes, que van a seguir desfilando ante nosotros.

La violencia vuelve a renacer en la bella evocación que hace don Marcelino de la ira del Rey Pedro el Noble (5) y de su desastrada muerte, allá en los campos de batalla de Muret. "Fué el Rey Don Pedro más caballero que rey; pero buen caballero y digno de más honrada muerte", resume. Y en nuestra alma se despierta una callada, inefable simpatía. Pues vemos en don Pedro el ejemplo de todas las quijotescas aventuras aragonesas, tan corrientes en esta tierra de varones sensatos, que sólo salen de su sensatez para avalar a sus amigos, para salir fiadores por ellos, para mediar de buena fe en sus conflictos, y resultar casi invariablemente apaleados y maltrechos. Tal sucedió a Don Pedro el Noble al mezclarse en las disputas de la herejía albigense, movido por el amor familiar, sempiterna causa de tantos desastre y de tanta carrera truncada entre nosotros. "Don Pedro de Aragón, que hubiera quemado vivo a cualquier albigense o valdense que osara presentarse en sus estados, dice don Marcelino, no era sospechoso, por cierto, en cuanto a la fe; pero emparentado con los condes de Tolosa y de Foix, viendo invadidos por las gentes cruzadas territorios suyos y de sus cuñados, juzgó oportuno interponerse en la contienda, aunque al principio con carácter de mediador". Optimismo basado en la fe en el Derecho, muy propia también de nuestra gente. "Desoídos sus ruegos, se volvió a Aragón

(5) *Heterodoxos*, I, 514-519.

corrosos e iratz... y juró no dejar cruzado vivo en castillo ni torre". Entraba ya en juego su amor propio, su testarudez, tan nuestros ambos. Y el 16 de septiembre de 1213 murió en Muret, con gallarda valentía aragonesa, precipitado en el fragor de la batalla y proclamando altivo su regia condición a voz en cuello: "¡Eu so'l reis!, ¡yo soy el rey!, gritaba". Y gritándolo y acuchillando a sus adversarios cara a cara, murió cosido a heridas. "Duelo grande para la Cristiandad fué aquel día", apostilla don Marcelino. Más aún para Aragón, al que una desinteresada abnegación, dejaba privado de un rey valeroso.

Otros reyes aragoneses desfilan por las páginas de don Marcelino. Pedro III; el Rey Conqueridor y su hijo (6), en quienes "el heroísmo no anduvo exento de sombras y de flaquezas mundanas, ya de intemperancia, ya de rebeldía, propias de la áspera e indómita condición de los hombres de la Edad Media por lo cual no se reveló en ellos plenamente el ideal del príncipe cristiano, aunque la grandeza humana brillase en su frente con desusados resplandores. Pero bajo el aspecto del heroísmo bélico no ceden el paso a nadie, y con ser heroicas la conquista de Sevilla y la de Córdoba, todavía hablan a la imaginación con más prestigio épico los trances de Mallorca y de Valencia, o de la expedición a Sicilia, o de la heroica resistencia del Coll de Penisars". De los dos, don Jaime era más querido a don Marcelino, pues tenía más alto sentido político. "Don Jaime —dice— era rey español y sabía a qué campos de batalla le llamaba la ley de la civilización peninsular" (7). Juzga en cambio a Pedro el Ceremonioso como "político grande y sin conciencia, de férrea mano" (8).

En contraposición con la brevedad de estos esbozos, la figura de *Alfonso el Magnánimo* (9) aparece ampliamente evo-

---

(6) "El siglo XIII y San Fernando", III Congreso Católico Nacional Español, Sevilla, 1893, págs. 433-446.

(7) *Heterodoxos*, I, 520.

(8) *Heterodoxos*, II, 208.

(9) *Antología de poetas líricos castellanos*, II, 245-253 en la Edición Nacional.

cada. "Nunca —dice de él— dejó de ser muy español en sus ideas, hábitos e inclinaciones".

"En 26 de febrero de 1443 entró en la conquistada Nápoles, con pompa de triunfador romano; coronado de laurel, con el cetro en la mano diestra y el globo áureo en la siniestra, en carro tirado por cuatro caballos blancos, mostrando a sus pies, encadenado, el Mundo... En la pompa, medio bárbara, medio clásica, con que se solemnizaba aquel día de gloria, aparecía de resalto el carácter de iniciación artística que iba a tener aquel reinado".

Iniciación debida a "aquella especie de embriaguez generosa, de magnánimo entusiasmo por la luz de la antigüedad, que se apoderó del Rey en Italia, y que allí le encadenó para el resto de su vida convirtiéndole en cautivo voluntario de los mismos de quienes había triunfado. Entonces empieza el Alfonso de los humanistas, el que con aquella misma furia de conquista, con aquel irresistible ímpetu bélico con que había expugnado la opulenta Marsella y la deleitable Parténope, se lanza encarnizadamente sobre los libros de los clásicos, y sirve por su propia mano la copa del generoso vino a los gramáticos, y los arma caballeros, y los corona de laurel, y los colma de dinero y de honores, y hace a Jorge de Trebisonda traducir la *Historia Natural* de Aristóteles, y a Poggio la *Ciropedia* de Jenofonte, y convierte en breviario suyo los *Comentarios* de Julio César, y declara deber el restablecimiento de su salud a la lectura de Quinto Curcio, y concede la paz a Cosme de Médicis a trueque de sus códices de Tito Livio, y ni siquiera se cuida de espantar la mosca que se posa media hora en su nariz mientras oye arengar a Gianozzo Manetti. Es el Alfonso V que, preciado de orador, exhorta a los príncipes de Italia a la cruzada contra los turcos, o dicta su memorial de agravios contra los florentinos en períodos de retórica clásica; el traductor en su lengua materna de las *Epístolas de Séneca* y el más antiguo coleccionista de medallas después del Petrarca". "Su corte es el pórtico de nuestro Renacimiento, la primera escuela de los humanistas españoles".

Y con todo, ¿era querido? Don Marcelino señala que su leyenda antiespañola proviene, entre otras causas, "de la preocupación jurista de los aragoneses, que jamás miraron con buenos ojos a los príncipes conquistadores, ni se entusiasmaron gran cosa con las empresas de Italia, por mucha gloria que les diesen, sino que, aun siguiendo como a remolque el movimiento de expansión de los catalanes por el litoral mediterráneo, preferían siempre la vida modesta y económica dentro de su propia casa, regida por el imperio de la Ley, y se enojaban, quizá con razón, de los grandes dispendios a que la política exterior de Alfonso V les obligaba y del alejamiento en que aquel monarca vivía de su reino, por más que, gracias a esa política y a ese alejamiento pesase tanto el nombre de Aragón en la balanza de Europa".

Tocamos aquí otro eterno rasgo del carácter aragonés: su descontento, su tendencia a la murmuración. ¡Difícil tarea la de dar gusto a nuestros paisanos! Somos hipercríticos por naturaleza. Partimos de bases justas —nuestra preocupación jurista, que dice don Marcelino— y, llevando la razón, defendiendo cosas sensatas, opiniones razonables, solemos perderla al oponernos a cualquier empresa y, por descontado, a cualquier persona. En alguna otra ocasión he señalado ya esta falla de nuestro carácter. Norma que se nos enseñase a machamartillo, hasta imbuírnosla en la sangre, debería ser aquella de que "lo mejor es enemigo de lo bueno". Nosotros somos eternos aspirantes a lo mejor, eternos desdeñosos de lo bueno. ¡Cuántos casos como el de Alfonso el Magnánimo podemos todos señalar! Y sin embargo, don Marcelino apunta que quizás aquella vez llevasen la razón los cristianos. Que también es rasgo de nuestro carácter el odio al derroche, a la dilapidación del dinero, por nobles que sean las empresas en que éste se invierte. Pueblo pobre, morigerado el nuestro, cualquier ostentación —y aquella fué grandiosa— le saca de sus casillas. Entonces, como ahora y como durante tanto tiempo cuanto tarde el aragonés a hallarse habituado a la holgura, a la riqueza que aún hoy ve, en su mayoría, muy distante.

El aragonés gusta de sentirse bien regido, bien gobernado.

Se sintió a gusto por eso bajo el reinado de los Reyes Católicos. Menéndez Pelayo, cuyos textos en este punto son bien conocidos, alude con aplauso a la fuerte mano de la Reina Católica, asistida por el genio político y la bizarría militar de su consorte (10). Y es este, en esa escueta línea, el retrato que más hondo ha calado del Rey Católico entre nosotros. *Genio político* y bizarría militar unidos. Nosotros deseamos ser bien gobernados, aspiramos a que nos rijan bien, amamos las sutilezas y las limpias afirmaciones políticas. Pero también deseamos que quien nos mande tenga valor probado y si es posible, genio militar. La estampa tradicional del Rey Fernando en el campamento de Santa Fe y en los campos de Granada la llevamos metida todos en el alma y después, sólo después, admiramos sus vastas combinaciones políticas. El aragonés gusta del guerrero impávido y decidido. Adoró por eso a Palafox, aclamó a Primo de Rivera, creyó por un instante en Polavieja. Cómo se compagina este gusto por la fuerza limpia y clara, con la innata propensión hacia el predominio del Derecho es cosa que yo no acabo de entender, pero que es un hecho claro.

* * *

De los primeros tiempos de la Edad Moderna, recoge don Marcelino varias figuras aragonesas prototipo de prudencia mesurada. El jurista *Antonio Agustín,* el geómetra de Daroca *Pedro Ciruelo,* el literato *Bartolomé Leonardo de Argensola* (11), en cuya austera voz se deja oír en poesía el espíritu del tradicionalismo aragonés, cuando, por ejemplo, dice: —"Nuestra patria no quiere, ni yo quiero,—abortar un poema colecticio —del lenguaje y espíritu extranjero.—Porque mi musa fiel, como española,—a venerar nuestras banderas viene,—donde la religión las enarbola". "Esta inspiración religiosa y patriótica, esta noble bizarría se juntan en Bartolomé Leonardo con el más sumiso respeto a cuanto procede de la antigüedad". Por

(10) *Historia de la poesía castellana en la Edad Media,* III, 7 a 14.
(11) *Ideas Estéticas,* II, 263-264.

eso, "su arte predilecto es el arte latino; no el italiano. Enójale todo uso frívolo y baladí de la poesía: no la concibe más que como matrona celtibérica, armada de hierro y con la ley moral en los labios".

En fin de cuentas, mesurada prudencia y profunda sabiduría en todos ellos. Si queremos encontrarnos de nuevo en el torrente desatado de la violencia aragonesa, hemos de acudir a las extensas y admirables páginas que don Marcelino dedica a la figura y la obra de *Miguel Servet* (12).

"Aquel antitrinitario aragonés —natural de Tudela de Navarra, pero oriundo de Villanueva de Sigena—, "espíritu franco y abierto, especie de caballero andante de la teología, de condición inquieta y errabunda, pero inclinado a grandes cosas, pasó como explorador por todos los campos de la ciencia, y en casi todos dejó algún rastro de luz". Extremoso en todo, voltario e inquieto, "el afán de meterse a teólogo no le dejaba reposar". Me parece que todos tienen parte de razón y que todos yerran en parte, se dió a pensar y... "se empeñó en aparecer a un tiempo cristiano y panteísta... Pero en el fondo de su alma quedaban semillas cristianas, y era, a su modo, más que devoto, ébrio de Cristo".

"Su fe católica vino así a tierra; pero como su espíritu era osado e independiente, y él no había nacido para soldado de fila, comenzó a interpretar las Escrituras por su cuenta, y ni fué ortodoxo, ni fué luterano, ni anabaptista, sino heresiarca *sui generis*, con aires de reformador y profeta. Ardiente de cabeza y manso de corazón, generoso y leal con sus enemigos", ninguno de entre todos los heresiarcas españoles, "vence a Miguel Servet en audacia y originalidad de ideas, en lo ordenado y consecuente del sistema, en el vigor lógico y en la trascendencia ulterior de sus errores. Como carácter, ninguno, si se exceptúa quizá el de Juan de Valdés, atrae tanto la curiosidad, ya que no la simpatía, ninguno es tan rico, variado y espléndido como el del unitario aragonés".

---

(12) *Ensayos de Crítica filosófica*, 91-96; *Heterodoxos*, IV, c. VI (B.A.C. I, 979-1040); Prólogo al *Felipe II* de don Valentín Gómez.

De su libro fundamental, la *Christianismi restitutio*, dice don Marcelino que "la forma literaria... es sencilla y clara, y que la enérgica personalidad del autor infunde a su incorrecto lenguaje desusado brío", y de su contenido afirma que es una "especie de orgía teológica, torbellino cristocéntrico donde no se sabe qué admirar más, si la pujanza de los delirios o la ausencia casi completa de buen juicio".

Aquella ebriedad de Cristo, que don Marcelino reconoce en Servet, había de ponerse de relieve durante su proceso de Ginebra. "Este y el asesinato jurídico con que terminó, han sido y son el cargo más tremendo contra la Reforma calvinista". "Noble fué, en verdad, —reconoce Menéndez Pelayo— la muerte de Servet y digna de mejor causa". "No he hecho nada que merezca muerte. Dios me perdone y perdone a mis enemigos y perseguidores", diría Servet; y a la pregunta de Calvino: "¿Qué me quieres?", sabría contestarle cara a cara: —"Que me perdones si te he ofendido". Sus últimas súplicas de justicia irían firmadas por "Miguel Servet, solo, pero confiado en la protección segurísima de Cristo". Y camino del suplicio afirmaría: —"¿Y a quién sino a Dios he de encomendar mi alma?" Luego, entre las llamas —dos horas de lenta combustión de leña verde—, gritaría: "¡Jesús, salva mi alma! ¡ Jesús, Hijo del Eterno Dios, ten piedad de mí! ¡Eterno Dios, recibe mi alma! ¡Jesucristo, Hijo de Dios, ten compasión de mí!".

¿Cómo no conmovernos ante estos acentos? ¿Cómo no atrevernos, también nosotros, a invocar la misericordia de Dios sobre alma tan desgraciada? Cuando don Marcelino, que al correr de estas páginas fluctúa entre la aversión a la herejía y la simpatía por el hombre, trata de resumir su figura, dice —entre otras— estas sencillas palabras: —"Era Servet, en suma, un estudiante español del siglo XVI que había perdido el juicio en materias de teología, pero que conservaba muchas de las buenas cualidades y todos los defectos de la raza". Y aquí, justamente, encontramos los aragoneses la explicación de nuestra entrañable adhesión a la figura —no al pensamiento y menos a la fe—de este desdichado sabio nuestro: en su sangre, en su índole, esa "terca e indomable índole aragonesa"

que don Marcelino le ha reconocido. Servet, por su vida, por su muerte, por sus reacciones, es un aragonés de pura casta: es puramente nuestro.

Como también lo es aquel "oscuro clérigo, natural de Muniesa, en la diócesis de Zaragoza, y educado en Valencia, donde tuvo un beneficio y fué confesor de unas monjas", que se llamó *Miguel de Molinos* (13) y acabó por ser tan hereje como el anterior. "Era hombre de mediana estatura, bien formado de cuerpo, de buena presencia, de color vivo, barba negra y aspecto serio". "Pasaba por director espiritual sapientísimo y por hombre muy arreglado en vida y costumbres, aunque no muy dado a prácticas exteriores de devoción". "Su *Guía espiritual* es uno de los libros menos conocidos y menos leídos del mundo, aunque de los más citados. Se distingue por la claridad y el método. Es un libro tan breve como bien escrito, pues Molinos no estaba contagiado en nada por el mal gusto del siglo XVII y es un escritor de primer orden, sobrio, nervioso y concentrado".

¿Cuál era su doctrina? La que se llamó nihilismo y, más propiamente "quietismo". "Abismaos en la *nada* y Dios será vuestro *todo*". "Muramos sin cesar para nosotros mismos; conozcamos nuestra miseria". "Si no encontrais a Dios en todo, aún estáis muy lejos de la perfección". En estas frases de Molinos hay mucho de raigambre aragonesa, de esta tendencia al extremo, de este todo o nada, tan característico de nuestra exasperación cuando perdemos el otro rasgo racial de la mesura. Con todo, Molinos nos atrae menos que Servet, como menos atrajo también a nuestros predecesores. "De él, como de otros disidentes nuestros, puede decirse que no fué profeta en su patria ni le conoció nadie hasta que los extraños lo levantaron en palmas". Claro que, también esto es un purísimo rasgo de castiza cepa aragonesa.

Si queremos regresar al sereno campo de la inteligencia, volvámonos al "ingeniosísimo *Baltasar Gracián* (hombre al fin de grandísimo entendimiento), talento de estilista de primer

(13) *Heterodoxos*, V, c. I, VII (B.A.C. II, 207-228).

orden, maleado por la decadencia literaria, pero así y todo, el segundo de aquel siglo en originalidad de invenciones fantástico-alegóricas, en estro satírico, en alcance moral, en bizarría de expresiones nuevas y pintorescas, en humorismo profundo y de ley, en vida y movimiento y efervescencia continua; de imaginación tan varia, tan amena, tan prolífica, sobre todo en su *Criticón,* que verdaderamente maravilla y deslumbra, atando de pies y manos el juicio, sorprendido por las raras ocurrencias y excentricidades del autor, que pudo no tener gusto, pero que derrochó un caudal de ingenio como para ciento. El que quiera hacerse dueño de las inagotables riquezas de nuestra lengua tiene todavía mucho que aprender en *El Criticón,* aún después de haber leído a Quevedo. Su fuerte era el ingenio o la ingeniosidad, y por el ingenio se perdía, no ciertamente por mengua de pensamientos, sino por extraordinaria abundancia de ellos, aunque no todos tuviesen los mismos quilates de verdad y precisión"... (14).

Inteligencia e ingenio son los rasgos predominantes en Gracián. Pura inteligencia y estudio vamos a encontrar tan sólo en *Jusepe Martínez,* el tratadista pictórico aragonés de fines del siglo XVII (15), cuyo gusto *teórico* "tan puro y acrisolado, asombra en un escritor de su tiempo". "Pero su entusiasmo clásico, no le cerraba los ojos para sentir la belleza de otros modos y estilos de arte". Su libro —reeditado en 1950 por nuestro paisano Julián Gállego quien ha tamizado estos juicios de don Marcelino— "vence en riqueza histórica a todos nuestros libros de arte y es el que más interesa a la curiosidad de un siglo de arqueólogos como el nuestro... En ninguno de nuestros escritores de artes plásticas encontramos una división tan completa y bien razonada". Era un trabajador optimista y un enamorado del oficio, como prueba este texto, citado por don Marcelino: "El que desee saber y hacerse lugar, póngase con espíritu generoso en el estudio; que si bien hay mucho hecho, falta aún mucho por hacer y dar materia nueva para

(14) *Ideas Estéticas,* II, 354 a 358.
(15) *Ideas Estéticas,* II, 420-423.

ser el Altísimo alabado, que infunde en los mortales tanta ciencia. El campo de la sabiduría es inmenso, y así, nunca faltará lugar para mostrar cosas nuevas, como lo han hecho todos los excelentes maestros. El que esté bien en los rudimentos y preceptos podrá ser señor de toda manera".

¡Qué aragonesa es esta exhortación al trabajo, al aprendizaje de un oficio! Vuelven a nosotros las viejas frases aprendidas en la Universidad: "Si una cosa vale la pena de hacerla, vale la pena de hacerla bien". Hagamos bien las cosas. Aprendamos los oficios en sus rudimentos y preceptos; seremos señores de toda manera y podremos alabar al Altísimo en tanto como aún queda por hacer. Y recordemos de paso, como hace seis años ya lo hacía Julián Gállego que sigue sin haber en Zaragoza recuerdo alguno para este aragonés ilustre.

El afán de hacer bien las cosas brilla asimismo en el bellísimo "Genio de la Historia" del carmelita descalzo *Fray Jerónimo de San José,* ilustre poeta aragonés, discípulo predilecto de Bartolomé Leonardo de Argensola y biógrafo de San Juan de la Cruz (16). Concibe una historia "pintoresca, animada, no como centón de dispersos fragmentos, con el soplo celestial que anima el cementerio de las edades". "Para él la historia no debía ser nunca un sermonario, atestado de inútil doctrinaje, tras cada cláusula su moralidad, y en cada hecho y suceso su censura y advertimiento político"... "Lo que así se escribe, ni es historia ni lo deja de ser, porque pareciendo relación, es sermón, o, por mejor decir, ni es lo uno ni lo otro, y con ambas cosas muele sin provecho al lector"... La historia es historia; es decir, "narración llana de casos verdaderos" y el historiador es el que tiene brío y ánimo para decir todo cuanto conviene. "El que no le tenga debe abstenerse de escribir la historia contemporánea". Poseía un "profundo sentido de la hermosura y un peregrino arte de hacer palpables las cosas más abstractas". Y no se rendía a la dictadura de las normas, que concebía como ayuda y como estímulo. "Es loa de las artes —decía— amar los precipicios y no se tiene por exce-

(16) *Ideas Estéticas,* II, 201-203.

lente artífice al que alguna vez no pasa de la raya señalada por los maestros ordinarios, transcendiendo las comunes leyes de su arte, en las cuales el no exceder alguna vez es faltar".

Esta osadía mesurada, este recto valorar el propio valer, este culto a la verdad, este afán de hacer bien las cosas aun cuando hayamos de pasarnos de la raya, los sentimos como otros tantos rasgos nuestros, dignos de seguir informando nuestras conductas y criterios. Vamos viendo correr, caudaloso, un estilo de pensamiento aragonés que ahora, con Andrés Piquer, va a conseguir una altísima expresión.

Don Marcelino es un enamorado de Piquer (17). "Entre todos nuestros filósofos del siglo XVIII —dice— ninguno igualó en erudición, solidez y aplomo al insigne médico aragonés don Andrés Piquer. En él fué inmensa la copia de doctrina; varia, amena y bien dirigida la lectura; elegante con sencillez modesta el estilo y firmísimo el juicio; de tal suerte, que en él pareció renacer el espíritu de Vives. Ni los prestigios de la antigüedad ni los halagos de la innovación le sedujeron; antes que encadenarse al imperio de la moda, escogió filosofar por cuenta propia, leyendo y analizando toda suerte de filosofías, probándolo todo y reteniendo sólo lo bueno, conforme a la sentencia del Apóstol; eligiendo de los mejores lo mejor, y trayéndolo todo, las riquezas de la erudición, las joyas de la experiencia, las flores de la amena literatura, a los pies de la verdad católica. Unos le llamaron innovador, otros retrógrado, y él prosiguió su camino, inmensamente superior a todos. Quien quiera conocer lo mejor de nuestra ciencia del siglo XVIII y cuánto y cuán vergonzosamente hemos retrocedido después, lea sus obras filosóficas, y hasta las de Medicina". "Su *Lógica* es, sin disputa, la mejor, la más razonable y más docta del siglo XVIII: procede en todo con gran independencia de pensamiento y con alta, sólida y tolerante crítica". Cuando se pasa de los libros de la escuela volteriana a los suyos, parece que el ánimo se ensancha, y como que se siente una impresión de

(17) *Heterodoxos*, B.A.C. II, 687-689; *Ideas Estéticas*, III, 14 y 130-133.

frescura, placidez y rectitud moral, que nos transporta a los mejores tiempos de la antigua sabiduría o a los nuestros del siglo XVI.

Un eclecticismo erudito tradicional; una crítica tolerante; una serena religiosidad sin timideces, sin escrúpulos ñoños; una incapacidad de fruición estética si la belleza no es útil; una prosaica utilidad; una correlación de las obras y los tiempos; esta es la aportación de Piquer, y en ella ¿cómo no ver una revelación más de nuestro sólido buen sentido, de nuestra ancestral prudencia, de nuestro apego insobornable a la verdad? Piquer, es, en todo instante, el aragonés equilibrado.

Luzán va a seguir caminando por esa misma senda intelectual, tan alejada de todo plebeyismo. Luzán (18), para don Marcelino, "representa el principio del orden". "Su buen juicio brilla hasta en pormenores a primera vista insignificantes". "No tenía espíritu de invención, ni amor a las aventuras científicas, pero sí sólido saber, buen sentido, poderoso y grande amor a la verdad y constancia en profesarla". "Todas las literaturas de su tiempo le eran familiares". "Las ventajas de Luzán, ingenio poco inventivo, pero de gran seso, se derivan principalmente de las bueas fuentes en que bebió". "En suma, concluye don Marcelino, era un hombre discreto más que un filósofo". "Asombra encontrar en él tan vastas y tolerantes ideas".

El mérito de Luzán está, sobre todo, en su *Poética*. "Yo confieso, —dice don Marcelino— que la lectura de esa Poética jamás me ha fastidiado, sino interesado y divertido, y a todos los que la han leído con alguna atención oigo decir lo mismo". "En su línea, y como expresión teórica del pensamiento de una escuela, no ha sido superada, ni rectificada, ni añadida". "Fué un libro útil en su tiempo, quizá pueda serlo todavía en algunos de su capítulos, porque la verdad nunca es vieja: se recomienda por una erudición positiva y sólida y por un modo de exposición, no desabrido y seco, sino amplio y ameno. Pero reconociéndole de buen grado todas esas virtudes y otras más,

(18) *Ideas Estéticas*, III, 115 a 124 y 215 a 243; *Idem*. II, 246.

el más apasionado de Luzán no podrá concederle verdadera originalidad. Luzán es un compilador en la mayor parte de su obra; pero un compilador inteligente. Tal como es la Poética, contradictoria e incoherente en muchas cosas, y radicalmente falsa en otras, no produce mejor doctrinal literario el siglo XVIII".

Hasta aquí, hemos venido viendo durante los siglos XVII y XVIII casos clarísimos de aragoneses afirmadores enérgicos de la norma: lo era Luzán, lo era Jusepe Martínez; hemos visto también aragoneses eclécticos, cultivadores de la inteligencia y del ingenio; Gracián, Piquer, Fray Jerónimo de San José. Parece habérsenos olvidado la violencia temperamental de los herejes y de los mártires, de tan soterrada, de tan pulida como se hallaba en éstos. Si ahora vamos a volver a encontrala, lo vamos a deber de nuevo a los heterodoxos. Y va a ser una violencia enmascarada de casaca cortesana y peluca empolvada. El partido aragonés de Carlos III y Carlos IV al procurar y conseguir la expulsión de los Jesuítas, la descatolización del país, va a obrar con brutal, feroz violencia, pero fiel a la vocación jurídica de nuestra casta, va a envolver ésta en ropaje leguleyesco que la va a hacer aún más odiosa. Rasgo éste tammuy propio de nuestro carácter en donde el interés personal desmedido se reviste de un afectado legalismo, de un "yo no quiero más que lo mío", "yo estoy en mi derecho", de un "la ley y sólo la ley", con el que se cometen las más atroces monstruosidades.

Don Marcelino no esconde su aversión hacia este grupo, del que condena "la hipócrita negrura del alma de aquellos hombres viles ministros de la impiedad francesa" (19). Y contrapone a su refinada violencia la entereza de los jesuítas expulsados, en la que sobresalen nuestros paisanos. Baste para probarlo este párrafo de una carta de Roda a Azara por él transcrito:"Se les han detenido varias cartas, en las que aplauden la resolución del Papa en no admitirlos, y dicen que

(19) *Heterodoxos*, II, 507.

sufren estos trabajos como un martirio por el bien de la Iglesia perseguida. *Los aragoneses son los más fanáticos*" (20).

Pero donde realmente existía el fanatismo era en la conducta del Conde de Aranda y sus seguidores. La visión que de él nos presenta don Marcelino es muy peyorativa. "Don Pedro Pablo Abarca de Bolea, militar aragonés, de férreo carácter, avezado al despotismo de los cuarteles, ordenancista inflexible, Pombal en pequeño, aunque moralmente valía más que él y tenía cierta honradez brusca a estilo de su tierra; impío y enciclopedista, amigo de Voltaire, de d'Alembert y del abate Raynal; reformador despótico, a la vez que furibundo partidario de la autoridad real, si bien en sus últimos años miró con simpatía la Revolución francesa no más que por su parte de irreligiosa": "hombre de tan terca voluntad como estrecho entedimiento", capaz de llamar "pelagatos" a Santo Tomás, Escoto y Suárez, y de recomendar "disimulo, presencia de ánimo, frescura y precaución" para la ejecución de la orden de expulsión de la Compañía, "oyó a los franceses como oráculos, fué sectario fanático y adquirió más que la ciencia, la ambición y los ardores de aquella escuela". "Los franceses le creían capaz de todo", por su "desembozada impiedad, de la que nadie duda y que llegó a hastiar al rey". "Sois el ejecutor testamentario de los filósofos con quienes habéis vivido: la sombra de d'Alembert os protege", les escribía Condorcet. Y Voltaire, su cordial amigo, decía hablando de él: "Bendigamos al Conde de Aranda porque ha limado los dientes y cortado las uñas al monstruo", es decir, a la Iglesia Católica. Andando el tiempo "se hizo más tolerante a fuerza de escepticismo", y aun subsiste en pie la duda de si murió como cristiano o como gentil. Don Marcelino habla de las "atrocidades jurídicas de Aranda", que a raíz del motín de Esquilache, "en breves días sosegó a Madrid no de otra manera que Pombal había sosegado a Lisboa después del terremoto: levantando una horca en cada esquina, o lo que es más abominable, asesinando secretamente en las cárceles". No le reconoce otras cualidades que

(20) *Heterodoxos*, II, 514.

aquella "brusca honradez a estilo de su tierra" de que antes hablamos y su "ruda y aragonesa sinceridad, única condición que le hace simpático". También afirma que estaba "bien reputado ya por sus servicios en las guerras de Italia". "Es un pozo profundo, pero de boca angosta", parece concluir con Caraccioli. Y a nuestro modo de ver, todo esto, que es muy cierto, quizá requiera ya un más sosegado, un más imparcial examen. No nos toca a nosotros hacerlo. Unicamente sí queremos señalar la identidad de este retrato con el de tantos otros viejos heterodoxos aragoneses que hemos conocido, o aún con el de tantos otros ortodoxos, bruscos, honrados, sinceros, intratables, que han pasado a nuestro lado exasperando las cuestiones, propendiendo a toda solución extremista y siendo, en el fondo —y muchas veces también en la forma, pasado su primer impulso—, auténticos pedazos de pan. Aranda requería hoy —repito— un nuevo, un más completo examen (21).

Don Manuel de Roda y Arrieta, en cambio, "aragonés de nacimiento y testarudo en el fondo", no lo parecía en los modales, "que eran dulces e insinuantes al modo italiano. Sabía poco y mal, pero iba derecho a su fin, con serenidad y sin escrúpulos. Su programa podía reducirse a dos palabras: acabar con los jesuítas y con los colegios mayores". "Odiaba a estos institutos de enseñanza todavía más que a los jesuítas, y de él decía donosamente Azara "que por el un cristal de sus anteojos no veía más que jesuítas, y por el otro colegiales mayores". "Llamábanle regalista, y no alardeaba él de otra cosa, pero su correspondencia nos le muestra a verdadera luz tal y como era; impío y volteriano, grande amigo de Tanucci, de Choiseul y de los enciclopedistas". En una célebre carta a Choiseul escribió aquella tremenda frase: "la operación (la expulsión de los jesuítas) nada ha dejado que desear; hemos muerto al hijo: ya no nos queda más que hacer otro tanto con la madre, nuestra Santa Iglesia Romana".

En el tercero de este trío famoso de aragoneses, *don José*

(21) *Heterodoxos*, II, 503, 504, 507, 532, 561 a 566, 608.

Nicolás de Azara (22), existen otros aspectos que lo hacen más simpático. "Hombre de mundo, escéptico y volteriano, fué uno de los principales factores de la expulsión de los jesuítas, contra los cuales estaba animado de una especie de fanatismo, muy poco frecuente en todas las demás circunstancias de su vida". Es capaz de despedirse así en una carta "hasta el día del juicio, en que no habrá más jesuítas que los que vendrán del infierno". Pero por otra parte, "se sobreponía en él a toda otra consideración el amor a las letras y a las artes, y era como una necesidad de su índole magnífica y ostentosa el protegerlas y honrar a sus cultivadores". "Pudo dedicarse holgadamente a su papel de Mecenas cuando el Cardenal Bernis le dejó por heredero de su cuantiosa fortuna. Ni la misma Revolución francesa bastó a distraerlo de él. Protegió a los más diferentes personajes, desde el abate Casti, que alegraba los espléndidos banquetes de nuestro embajador, con sus cuentos picarescos, hasta Winckelmann y Mengs, que ejercieron sobre su ingenio claro, despierto y cultivado mucho más saludable influencia, llevándole a verdaderos descubrimientos arqueológicos y a terciar sin desventajas en las grandes cuestiones que ya comenzaban a agitarse sobre la naturaleza y fin del arte, en las cuales se presentó con un criterio filosófico marcadamente sensualista". Con todo en él "la crítica artística fué, más que todo, alarde y bizarría de gran señor y de príncipe a la italiana".

La violencia antirreligiosa del partido aragonés se ha paliado en Azara en sus modales de gran señor, en sus generosos hábitos de Mecenas. Queda en nuestra memoria de él una silueta de gran diplomático, de gran aficionado y protector de las artes. Una nota de ostentación, de derroche, que no afloraba desde Alfonso el Magnánimo, ha vuelto así a surgir entre la descarnada violencia aragonesa.

Pero la violencia heterodoxa había sido demasiado fuerte. El tono mesurado de Piquer va a perderse durante mucho tiempo.

(22) *Ideas Estéticas*, II, 129-172; III, 141-143 y 535; *Heterodoxos*, II, 517.

En su lugar, va a emplearse una acritud, una nueva violencia polémica, "menuda, acre y enfadosa" cuyo representante más genuino va a ser el sobrino de Piquer también discípulo suyo, don Juan Pablo Forner (23), "varón sapientísimo; prosista fecundo, vigoroso, contundente y desenfadado, cuyo desgarro nativo y de buena ley atrae y enamora; poeta satírico de grandes alientos, si bien duro y bronco; jurisconsulto reformador, dialéctico implacable, temible controversista y, finalmente, defensor y restaurador de la antigua cultura española. Su índole irascible su genio batallador, aventurero y proceloso, le arrastraron a malgastar mucho ingenio en estériles escaramuzas, cometiendo verdaderas y sangrientas injusticias, que, si no son indicios de alma torva, porque la suya era en el fondo recta y buena, denuncian aspereza increíble, desahogo brutal, pesimismo desalentado o temperamento bilioso, cosas todas nada a propósito para ganarle general estimación en su tiempo, aunque hoy merezcan perdón o disculpa relativa".

En Forner tropezamos con un rigorismo de carácter ético, con una violenta intolerancia, muy típicas del aragonés. "La misma aspereza de sus polémicas, la trivialidad de los motivos de muchas de ellas, la saña con que persigue a escritorzuelos adocenados, que ni en bien ni en mal podían influir en la corriente de las ideas, los rasgos de chocarrería estudiantil o frailuna con que matiza sus folletos, denuncian en él cierta falta de gusto y de tacto, de la cual nunca pudo curarse totalmente", y que también podemos reconocer, a disgusto, como nuestros.

"Es un gladiador literario de otros tiempos, extraviado en una sociedad de petimetres y de abates; un lógico de las antiguas aulas, recio de voz, de pulmones y de brazo, intemperante y procaz, propenso a abusar de su fuerza, como quien tiene conciencia de ella y capaz de defender de sol a sol tesis y conclusiones públicas contra todo el que se le ponga delante. En el siglo de las elegancias de salón, tal hombre, aun en España, tenía que asfixiarse".

(23) *Ideas Estéticas*, III, 325-336; *Heterodoxos*, II, 689-695.

Esta violencia de la polémica va a trascender al campo del Arte, con la violencia personalísima y tan nuestra de don Francisco de Goya. "¡Con qué gozo —dice don Marcelino— se ve a la personalidad aislada y vigorosa de Goya romper la pesada monotonía de aquel período académico, que sin los destellos de su irregular y caprichoso genio sería una página en blanco en la historia de la pintura española! Ni un gran pintor religioso, ni un gran pintor de retratos, ni un gran pintor de historia, ni un gran pintor de *género*. Parecía agotado totalmente el espíritu creador de la raza. Los premios académicos, la protección oficial y áulica, los viajes artísticos, los viajes a Roma, no bastaban a producir más que oscuras medianías, cuyos nombres se registran con enfado en el *Diccionario* de Ceán Bermúdez. Pero vino Goya con su manera desgarrada y brutal, con sus ferocidades de color, con su intensa y tremenda ironía, con su incorrección sistemática, con su sátira cínica y salvaje, con aquella mezcla sólo a él concedida de realismo vulgar y de fantasía calenturienta; y él solo, sin discípulos ni secuaces, rebelde a todo yugo e imposición doctrinal, insurrecto contumaz contra todo clasicismo y aun contra toda saludable disciplina en la forma; manchando la tabla aprisa, ya con la brocha, ya con la esponja, ya con los mismos dedos, o llevando a sus aguafuertes todos los terrores y pesadillas de la noche, fué a un tiempo el último retoño del genio nacional y la encarnación arrogante del espíritu revolucionario" (24).

Es curioso que en este largo recorrido por la obra de don Marcelino Menéndez Pelayo tengamos que concluir reconociendo que si lo aragonés en la historia es "la afirmación enérgica del Derecho", el último aragonés genial, que es a la vez "el último retoño del genio nacional" sea "la encarnación arrogante del espíritu revolucionario". Pero ambas cosas son ciertas. Y del recorrido que acabamos de hacer yo creo que puede deducirse que, tal y como nos presenta a algunos aragoneses don Marcelino Menéndez Pelayo, podemos concluir aceptando como aragonesa una ciega adhesión a la verdad; una defensa

(24) *Ideas Estéticas*, VI, c. IV.

acérrima de sus principios; una violencia temperamental nata, frenada voluntariamente por una prudencia querida y atenta; una llana, sencilla cortesanía de maneras; un heroísmo llevado hasta más allá del límite cuando de morir por la verdad o por la libertad se trata; una fe incorporada hasta los tuétanos; y un incontenible deseo de que el Derecho, la Justicia, impere en nuestra vida. Todo ello patentizado en una larguísima historia en la que hay gente de toda traza y condición, pero en la que apenas si podemos encontrar ejemplos de ese aldeanismo en que desde hace más de medio siglo queremos cifrar la esencia de nuestro carácter. Si esta tediosa evocación de los aragoneses a través de los textos de Menéndez y Pelayo sirviese a todos para ver qué por encima está Aragón del baturrismo al uso, creería que vuestro cansancio ha sido provechoso.

LUIS HORNO LIRIA.